

IDENTIDADES ENTRECruzADAS

Elvira Burgos Díaz. Universidad de Zaragoza

Resumen. La sociedad contemporánea continúa reclamando la necesidad de identidades únicas, estables, fijas y coherentes como único camino de llegar a ser sujetos *normales* y, por tanto, legítimos. Identidades y sexualidades difusas, equívocas, cruzadas o entrecruzadas, son mayoritariamente valoradas como signo de alguna clase de perturbación o patología, psíquica, emocional o, incluso, física. En contra de este imperativo normalizador, pensadoras y pensadores, e individuos activistas, desarrollan sus tesis con la finalidad de abrir espacios que puedan dar cobijo a la multiplicidad existente de cuerpos, identidades y modos de vidas.

Abstract. Contemporary societies insist on the need to assume fixed, stable, and coherent identities as the only way to become "normal", and therefore legitimate and recognizable subjects. Ambiguous, hybrid, or non-hegemonic identities are usually seen as the symptom of some kind of pathology or deviation. Against this normalizing and violent imperative, critical thinkers and activists develop their alternatives in order to open up spaces that can shelter the existing heterogeneous multiplicity of bodies, identities, and ways of life.

Algo como un *control* de sexo y de género demanda nuestra sociedad. Se nos exige que nuestra identidad sea única, fija, estable, coherente. Que mostremos un *sexo verdadero*, un género correspondiente, resultado necesario de aquel, y una sexualidad ajustada a la norma *natural* de la heterosexualidad. El único marco que se instaure en medida, en criterio indiscutible de normalidad, es el binario: o se es mujer y femenina o se es hombre y masculino, no hay más opciones; no se puede ser auténticamente humano fuera de este modelo dualista y jerarquizador. Identidades y sexualidades difusas, equívocas, cruzadas o entrecruzadas, son mayoritariamente valoradas como signo de alguna clase de perturbación o patología, psíquica, emocional o, incluso, física. Y esto todavía en nuestros días.

No obstante, en contra de los discursos dominantes, normalizadores y patologizadores, se alcanzan voces, contundentes, provistas de fuertes y hábiles argumentos. Los textos de Foucault¹ son, en esta línea, imprescindibles y suponemos, esperamos, ya conocidos en alguna medida. En particular, su brillante puesta en cuestión de la *naturalidad* del sexo y su igualmente magistral formulación de la inversión de la relación causal convencional del sexo a la sexualidad. Ni la idea de sexo describe, de forma objetiva, neutra, un *hecho* físico inmediato, ni la relación sexual *natural* es la heterosexual, como tampoco es *natural* la existencia solo de dos sexos distintos y opuestos. Se observa en el funcionamiento de la cultura disciplinadora, señala Foucault, que porque se quiere consolidar férreamente la idea de la *naturalidad* de una actividad, la heterosexualidad, que no es sino una actividad socioculturalmente diseñada (como había afirmado también Gayle Rubin²), se *obliga* a los cuerpos a llegar a ser inteligibles tan solo dentro del esquema estrecho y coercitivo que postula la realidad *natural* únicamente de dos sexos, y de diferencias incommensurables entre sí. El sexo, así, se ha introducido a posteriori como base legitimadora de la *naturalidad* de la heterosexualidad.

Y a la importancia de esta idea foucaultiana la filósofa feminista Judith Butler dedica su escrito "Las inversiones sexuales"³. Mas ya desde su primer libro feminis-

¹ Véanse especialmente los siguientes escritos de M. Foucault: *Historia de la sexualidad*, vol. 1. *La voluntad de saber*, Siglo veintiuno, Madrid, 1992; "El sexo verdadero", en M. Foucault, *Herculine Barbin, llamada Alexina B.*, Ed. Revolución, Madrid, 1985, págs. 11-20.

² G. Rubin, "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo", en M. Lamas, *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa-P.U.E.G., México, 1996, págs. 35-96.

³ J. Butler, "Las inversiones sexuales", en R. Llamas (comp.), *Construyendo identidades. Estudios desde el corazón de una pandemia*, Siglo XXI, Madrid, 1995, págs. 9-28.

ta, *El género en disputa*⁴, recoge, y extiende, una y otra vez esa crítica maestra de Foucault a la *naturalidad* de la categoría de sexo. Además, Monique Wittig había subrayado con anterioridad, si bien desde otro ángulo, el carácter socialmente construido, y sus efectos violentadores, de las marcas de sexo y de género, así como había incidido en la tesis del fuerte poder coercitivo de la institucionalizada imposición de la heterosexualidad⁵. No extraña, por tanto, que la teoría feminista y la teoría *queer* continúen volviendo una y otra vez a estos escritos, sabios, lúcidos, plenos de fuentes de inspiración para posteriores argumentaciones. Las obras de Butler en particular han trabajado y trabajan por dar legítima entrada filosófica a las cuestiones, centrales en las vidas de las personas, de las identidades, de los cuerpos, de los placeres, de las sexualidades.

El libro recientemente traducido al castellano de la bióloga feminista Anne Fausto-Sterling, *Sexing the Body, Cuerpos sexuados*⁶, contiene un capítulo inicial titulado “Duelo a los dualismos” que merece nuestra atención. En él, dicho sea de antemano, las referencias a Foucault son muy abundantes. Como comienzo, aduce Anne Fausto-Sterling el caso de la vallista María Patiño, cuando en 1988 el Comité Olímpico Internacional dictaminó que la atleta no había superado el examen de feminidad. Las pruebas revelaban que su cuerpo encerraba un cromosoma Y, unos testículos, y que carecía de ovarios y de útero. Ella, que nunca había dudado de que era una mujer, no pudo competir y su vida se desmoronó. Cada persona tiene un sexo auténtico, uno y solo uno entre los dos, únicamente dos, posibles para el ser humano. La vigencia de esa fórmula se constata, así como el funesto efecto sobre los individuos, en la materialidad de sus vidas, en sus cuerpos, en sus mentes. De ahí que la importancia de la crítica, desde múltiples frentes, a esta lógica de la *verdad* del sexo y de la dualidad de los sexos sea de primer orden. En ella nos va la vida porque mantener esa dicotomía y esa rígida idea de *naturaleza* conduce a la muerte, a una muerte literal para muchas personas.

¿Por qué ese empeño en la inspección del sexo de las y los atletas?, nos interroga Anne Fausto-Sterling. Su respuesta es sumamente ilustrativa de la ideología sexista dominante. El control del sexo no es una cuestión en absoluto neutra, obedece a un interés sociocultural. Nuestra autora cita la opinión de Pierre de Coubertin, fundador de las olimpiadas modernas, hecha pública en 1912: “el deporte femenino es contrario a las leyes de la naturaleza”⁷. Se suscitaba la sospecha de que no era una *auténtica* mujer aquella que participaba en las competiciones atléticas. Por ello, las autoridades olímpicas estimaban conveniente someter a las atletas a una investigación médica que determinara su feminidad. Sin embargo, y esto es lo que en este punto pretendemos resaltar, ni hoy día es factible determinar certeramente aquello que se pretende, que un individuo es única y claramente mujer o bien, por el contrario, hombre. Sin titubeos escribe la bióloga Anne Fausto-Sterling:

Simplemente, el sexo de un cuerpo es un asunto demasiado complejo. No hay blanco o negro, sino grados de diferencia.... Una de las tesis principales de este libro es que etiquetar a alguien como varón o mujer es una decisión social. El conocimiento científico puede asistirnos en esta decisión, pero sólo nuestra concepción del género, y no la ciencia, puede definir nuestro sexo. Es más, nuestra concepción del género afecta al conocimiento sobre el sexo producido por los científicos en primera instancia⁸.

Fundamental, no insistiremos nunca bastante, es esta óptica que pone en claro cómo los conceptos, categorías, que en una cultura dada dictan las leyes sobre lo humano, sobre la feminidad y masculinidad en nuestro caso concreto, influyen, orientan, dirigen, determinan la investigación científica. La tesis, acertada, de la

⁴ J. Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós-Universidad Nacional Autónoma de México-PUEG. Programa Universitario de Estudios de Género, México, 2001.

⁵ M. Wittig, *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Editorial Egales, Madrid, 2006.

⁶ A. Fausto-Sterling, *Cuerpos sexuados*, Editorial Melusina, Barcelona, 2006. En este libro, la autora nos proporciona un abundante conjunto de referencias bibliográficas, de las ciencias, de la historia, de la antropología, de la filosofía, de las ciencias sociales, en las que apoya sus tesis de crítica a los discursos científicos y a la naturaleza misma de los procedimientos científicos.

⁷ *Ibid.*, pág. 17.

⁸ *Ibid.*

filósofa feminista Butler, presente en el conjunto de su obra, que afirma que a fin de cuentas el sexo es género, que no puede entenderse ni el sexo ni el cuerpo en un aislamiento del género, de las construcciones sociales, culturales, lingüísticas que regulan la feminidad y la masculinidad, halla ahí, en las afirmaciones de la científica Anne Fausto-Sterling, indiscutible apoyo. De modo similar, y por mencionar otro ejemplo relevante, el médico Thomas Laqueur, en su exhaustivo estudio que dio como resultado la publicación de *La construcción del sexo*, se esfuerza por mostrar con certeros razonamientos procedentes de la investigación científica y atentos al mismo tiempo a los planteamientos foucaultianos, que no hay prueba concluyente sobre los sexos, sobre la dualidad de sexos y sobre la incommensurabilidad de la diferencia sexual. Laqueur no deja tampoco de afirmar cómo la investigación médica no encuentra *hechos puros*⁹. Por su parte, Donna Haraway, bióloga feminista, interpela a los científicos en sus convicciones de que son capaces, como si dioses fueran, de ofrecer conocimientos desde un lugar incontaminado, no situado en el muy interesado mundo de la vida humana. Al contrario, los individuos ejercitados en la ciencia están insertos en la historia, en prácticas y lenguajes concretos, lo que imposibilita el encuentro de *hechos* tales como verdades universales¹⁰. La siguiente afirmación de Fausto-Sterling persigue los mismos objetivos que los postulados de Laqueur y Haraway, y, como hemos dicho, corrobora, desde la disciplina científica, las conceptualizaciones filosóficas de Butler:

Nuestros cuerpos son demasiado complejos para proporcionarnos respuestas definidas sobre las diferencias sexuales. Cuanto más buscamos una base física simple para el sexo, más claro resulta que “sexo” no es una categoría puramente física. Las señales y funciones corporales que definimos como masculinas o femeninas están ya imbricadas en nuestras concepciones del género. Considérese el problema del Comité Olímpico Internacional. Los miembros del comité quieren decidir quién es varón y quién es mujer. ¿Pero cómo? Si Pierre de Coubertin rondara todavía por aquí, la respuesta sería simple: nadie que deseara competir podría ser una mujer, por definición. Pero ya nadie piensa así. ¿Podría el COI emplear la fuerza muscular como medida del sexo? En algunos casos sí, pero las fuerzas de varones y mujeres se solapan, especialmente cuando se trata de atletas entrenados. (Recordemos que Hermann Ratjen fue vencido por tres mujeres que saltaron más alto que él). Y aunque María Patiño se ajustara a una definición razonable de feminidad en términos de apariencia y fuerza, también es cierto que tenía testículos y un cromosoma Y. Ahora bien, ¿por qué estos rasgos deberían ser factores decisivos¹¹?

Compartimos igualmente las razones feministas de la determinación de Fausto-Sterling por cuestionar la noción misma de sexo. El feminismo de la segunda ola separó el sexo del género insistiendo en que el sexo, dato físico, es ineludible pero el género, motivo de la opresión cultural de las mujeres, es modificable. Con ello, con esta distinción entre sexo y género, que en principio parecía ser favorable a la labor de la emancipación de las mujeres, se dejó abierto el espacio para fundar una lucha antifeminista en el escenario del dominio de la biología, de la medicina, de las disciplinas científicas. Es muy importante, entonces, proporcionar evidencias sólidas que desmantelen esas pretensiones contrarias al feminismo de los discursos científicos que se erigen en portavoces de las *verdades* sobre el sexo y la sexualidad humana, porque esas supuestas *verdades* llegan a conformar nuestros cuerpos, a crear efectos de realidad, a producir identidades que hilvanan modos de ser persona

⁹ T. Laqueur, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Ediciones Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, Madrid, 1994. Dice Laqueur: “Los científicos hicieron algo más que ofrecer datos neutrales a los ideólogos. Comprometieron su prestigio en la empresa; descubrieron aspectos ignorados de la diferencia sexual o aportaron testimonios de los mismos. Además, la política del género afectó muy claramente no sólo a la interpretación de datos clínicos o de laboratorio, sino también a su producción” (pág. 264).

¹⁰ Véanse los libros de D. J. Haraway: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Ediciones Cátedra-Universitat de València-Instituto de la Mujer, Madrid, 1995; *Testigo Modesto@Segundo Milenio.HombreMujera_Conoce_Oncorotón. Feminismo y tecnociencia*, Editorial UOC, Barcelona, 2004.

¹¹ A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, pág. 19.

a costa de la exclusión de otras maneras de ser persona (el homosexual, la lesbiana, el, la transexual, el invertido, el, la intersexual, por referirme a algunas de las identidades medicalizadas, patologizadas). Son así *verdades* que modelan nuestro medio social y cultural, nuestras relaciones, nuestro singular estar en el mundo. Son conceptualizaciones que debido a que limitan drásticamente las posibilidades de vida y a que mantienen y consolidan, dándoles legitimidad *científica*, las desigualdades de género, de raza también, merecen la crítica más comprometida.

La diferencia sexual, la tesis fuerte cuanto menos, aquella que admite solo dos sexos y radicalmente separados el uno del otro, es ejercicio constante de opresión, incluso instrumento de muerte. ¿Qué medio más potente para justificar no alterar la división de géneros —y la institución de la heterosexualidad, por consiguiente—, con todas las desigualdades que conlleva, que proclamar la *cientificidad*, la *naturalidad*, de la diferencia sexual, innata, inscrita en los cuerpos, en los genes, hormonas, en las células, en la anatomía, en la fisiología entera, en el cerebro? Sobre su base se interviene dramáticamente a los cuerpos que no se ajustan, más que quirúrgicamente, a la norma de los sexos. Escribe Anne Fausto-Sterling:

Los intersexuales como María Patiño tienen cuerpos disidentes, incluso heréticos. No encajan de manera natural en una clasificación binaria, si no es con un calzador quirúrgico. Ahora bien, ¿por qué debería preocuparnos que una “mujer” (con sus mamas, su vagina, su útero, sus ovarios y su menstruación) tenga un “clítoris” lo bastante grande para penetrar a otra mujer? ¿Por qué debería preocuparnos que haya personas cuyo “equipamiento biológico natural” les permita mantener relaciones sexuales “naturales” tanto con hombres como con mujeres? ¿Por qué deberíamos amputar o esconder quirúrgicamente un clítoris “ofensivamente” grande? La respuesta: para mantener la división de géneros, debemos controlar los cuerpos que se salen de la norma. Puesto que los intersexuales encarnan literalmente ambos sexos, su existencia debilita las convicciones sobre las diferencias sexuales¹².

Siguiendo el lenguaje que desde la antropología alude a los dogmas de los propios antropólogos, Anne Fausto-Sterling llama “proposición incorregible”¹³ a esa tesis que afirma la existencia de dos sexos exclusivamente. Como también es una proposición de este tipo el mantener que en todas las culturas los cuerpos se perciben o como femeninos o como masculinos. Según nuestra bióloga, las percepciones de los cuerpos están insertas en contextos sociales, culturales, históricos; contextos que *construyen* nuestros cuerpos, que nos dotan de aquello que llamamos nuestra experiencia corporal. Postular un dualismo entre cuerpo físico y cuerpo social no es la postura defendida por Fausto-Sterling, sino aquella que se empeña en resquebrajar tal dualismo porque pone límites al análisis feminista, impidiendo, por parecer cosa no posible, el estudio sociocultural del cuerpo. Pero, obsérvese bien, no se trata de anular lo físico; se trata de destruir las dicotomías: “Propongo cambiar el *bon mot* de Halperin de que “la sexualidad no es un efecto somático, es un efecto cultural” por la idea de que la sexualidad *es* un hecho somático *creado* por un efecto cultural”¹⁴.

Desde el feminismo filosófico, es Butler, sin duda, la autora que nos acerca más provechosamente un análisis del cuerpo, de la materialidad del cuerpo en el que se imbrican con finura e indestructiblemente lo físico y lo discursivo más allá de dicotomías excluyentes y de opciones reduccionistas¹⁵. Todo intento de acceder al cuerpo, según Butler, implica el elemento discursivo. Imposible enfrentar algo así como el cuerpo en estado puro. No es factible hallar una materia neutra que nos proporcione la base *natural* sobre la que asentar la diferencia sexual. Los cuerpos no están ahí, los cuerpos se materializan a través de un complicado proceso de materialización en el que los conceptos culturales, históricos, de sexo, de género, de sexualidad, se encuentran ya presentes, formulados, contenidos. En la idea de

¹² *Ibid.*, pág. 23.

¹³ *Ibid.*, pág. 35.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 37.

¹⁵ Véase, especialmente, J. Butler, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

cuerpo preexisten significados relativos a la diferencia sexual. Fausto-Sterling reconoce esta importante labor de Butler en contra de los dualismos recalcitrantes tan perjudiciales para las demandas feministas. De ahí que incida en resaltar aquello que nos parece signo de una acertada comprensión del texto de Butler, que Butler no niega por ello los aspectos físicos, biológicos del cuerpo. La propuesta concreta de Fausto-Sterling, en esta línea, afirmando que “cualquier organismo biológico siempre es el resultado de acciones combinadas y simultáneas de la naturaleza y el entorno”¹⁶, recibe el nombre, dado por ella misma, de “teoría de los sistemas ontogénicos”¹⁷; una teoría que rechaza que existan dos procesos independientes, uno debido a la naturaleza y el otro al medio ambiente, al aprendizaje.

Dentro de la problematicidad que encierra todo planteamiento dualista, queremos volver a insistir en esta idea, el pensamiento que reduce los sexos a dos únicamente además de no encontrar aval en la investigación científica es paradigmático en cuanto a la violencia que arroja sobre las vidas de las personas. El testimonio lúcido y a la vez conmovedor de Cheryl Chase¹⁸ puede ayudarnos a reforzar nuestra tesis desde el ángulo no solo de la teoría –que por lo demás se halla siempre entretendida con la vida– sino de modo especial desde el enfoque de la narración de una historia personal.

El hecho de que ciertos individuos, muchos más de lo que habitualmente queremos admitir, muestren una cierta ambigüedad sexual, que no puedan fácilmente ser marcados al nacer como niñas o niños, es fuente de un gran malestar en nuestra cultura. La institución médica se presta rápidamente a someter a esas personas a cruentas intervenciones quirúrgicas que violentan duramente sus cuerpos de acuerdo con la lógica normativa binaria. Cheryl Chase denuncia estos actos de violación literal y reflexiona críticamente sobre la circunstancia, tremendamente sospechosa, de que tales acciones no hayan sido masivamente motivo de cuestionamiento, como así cabría haber esperado dada la injustificada manipulación, ajena a la voluntad de los sujetos implicados, de los cuerpos, las psiques y las vidas que llevan a efecto. En contra de la creencia en la naturalidad de los dos sexos, en contra del supuesto de que las diferencias sexuales son meramente físicas, se impone la constatación de la extensa diversidad y variedad de la anatomía sexual. Las personas llamadas intersexuales son una oportunidad para dismantelar el sistema normativo imperante de sexo, género y sexualidad, acentuando el modo en que estas categorías son productos culturales, revelando los mecanismos concretos a través de los cuales se fabrican los cuerpos sexuados, generizados y de sexualidad heterosexual.

La perversa noción, por sus trágicas consecuencias de muerte, de un *sexo verdadero*, no nos ha abandonado, como decíamos. Los avances médicos –y ya desde los años veinte del siglo XX– diagnostican el *sexo verdadero* y en función de ese su *descubrimiento* manipulan los cuerpos nacidos intersexuales para acercarlos lo más posible a la previamente diseñada *normalidad* de los cuerpos en su apariencia; *normalidad* que no nos ofrece la naturaleza misma. Como las personas recién nacidas no pueden resistir, como sí sucede con las personas adultas, las intervenciones médicas, el protocolo hoy establecido, y que obtiene un consenso generalizado, prescribe la inmediatez del tratamiento sobre el bebé intersexual. El equipo de cirujanos y endocrinos, sobre todo, examina y asigna un *sexo verdadero* del que luego informa a los familiares del bebé, quienes, en consecuencia, no tienen tampoco, en la mayoría de los casos, capacidad de elección sobre el destino de su hija o hijo. Las prácticas médicas realizadas sobre el individuo intersexual no obedecen, salvo en contadas excepciones, a razones de salud. La clase médica alega en su defensa que no se puede llevar una vida sana emocional y socialmente si el individuo intersexual permanece como tal, sin alteración que lo fije a vivir como niña-mujer o como niño-hombre. Sobre esta frágil y arbitraria base las ocultaciones, las

¹⁶ A. Fausto-Sterling, *op. cit.*, págs. 39-40.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 42.

¹⁸ C. Chase, “Hermafroditas con actitud: cartografiando la emergencia del activismo político intersexual”, en Grupo de Trabajo Queer (ed.), *El eje del mal es heterosexual. Figuras, movimientos y prácticas feministas queer*, Traficantes de sueños, Madrid, 2005, pp. 87-108.

mentiras, se les representan justificadas al equipo médico. También permanece en la ignorancia para la sociedad en general, por razones similares, el hecho del nacimiento de personas intersexuales.

Sin embargo, cabe la pregunta crítica sobre si el *daño* de la intersexualidad no será tanto en principio para el individuo que la habita sino más bien para la sociedad que se protege con insistencia ante la posible quiebra de la *reproducción* de sus normas y valores culturales. Porque, en efecto, la cultura se mantiene, pervive, se extiende, a través de la reproducción biológica de los sujetos pero también mediante la *reproducción* de su sistema simbólico de significados. Una y otra reproducción no dejan de estar vinculadas en el imaginario social y cultural. La intersexualidad más que suponer un peligro real para la reproducción biológica, puesto que no implica necesariamente la esterilidad y ya que el tratamiento médico no puede por sí mismo lograr la fertilidad, supone sobre todo la ocasión de que se rompa el circuito de la *reproducción* de los significados sostenido por el esquema de la dualidad de sexos, géneros, estables y coherentes cada uno consigo mismo y, en consecuencia, dispuestos únicamente para el *natural* deseo heterosexual. Las niñas, los niños, *aprenden*, desde muy temprano, las normas, valores, a las que son compelidos a ajustar sus vidas –sus mentes, sus comportamientos, sus deseos, sus emociones, sus prácticas, sus cuerpos–, mediante, entre otros, el mecanismo de la observación y de la imitación; a través del camino de una repetición de efectos materiales en la que se va construyendo performativamente su ser, su identidad. Si las personas más próximas que nos rodean no son ni mujeres ni hombres, si no se atienen a la figura de mujer madre y hombre padre, ni tampoco a la actividad heterosexual, en tal caso, no se asienta la norma dualista de los sexos y el consiguiente heterosexismo que aquella implica. Como resultado, desmantelada la violenta constricción de la ley estructuralista del intercambio de mujeres –en terminología de Lévi-Strauss– y de la ley psicoanalítica del Falo –en términos lacanianos–, queda abierto un futuro de significados culturales, y psíquicos, inesperado e impredecible de antemano, pero esperanzadoramente menos coercitivo, donde las personas podrían vivir sus vidas en direcciones múltiples y diversas.

Retomemos a Cheryl Chase. Recorramos con su testimonio una vida inusual; una vida fracturada, violentada, por las normas imperantes que dictaron para su caso un cruento proceso quirúrgico. Y un proceso quirúrgico que está regulado por el esquema binario en el que conviven heterosexismo y sexismo. En consecuencia, *fabricaron* el cuerpo de Cheryl Chase a semejanza de una niña *normal*:

La cirugía es esencialmente un proceso destructivo. Puede eliminar y, en un grado limitado, recolocar los tejidos, pero no puede crear nuevas estructuras. Esta limitación técnica, junto con la conformación de lo femenino como una condición de falta, lleva a los médicos a asignar como mujeres al 90 por ciento de los bebés anatómicamente ambiguos mediante eliminación de tejido genital. Miembros del equipo intersexual de la Johns Hopkins han justificado la asignación como mujer diciendo, “puedes hacer un agujero, pero no puedes construir una verga”¹⁹.

En síntesis, el clítoris, desarrollado en algunos bebés de un modo supuestamente no acorde con las proporciones canónicas de la feminidad –tampoco válido para la *correcta* asunción de la masculinidad viril por su *escaso* tamaño–, sufre un proceso de amputación nada benigno que Cheryl Chase compara con la práctica de la “cliterectomía” como medio también de llamar la atención sobre la paradójica situación en la que se halla una parte de la crítica feminista cuando denuncia duramente esta práctica en el contexto africano negándose a cuestionarla, sin embargo, dentro de las fronteras occidentales en los casos en que actúa sobre los individuos intersexos. La norma cultural devalúa la feminidad y ciertos sectores feministas desconsideran y desatienden la intersexualidad: doble desamparo de las niñas nacidas intersexuales. No toda posición feminista, es sabido, acepta reconocer una función liberadora a la apuesta teórica y práctica por la ruptura del binarismo de los sexos y géneros. Personas intersexuales quedan así sexuadas como mujeres por una práctica médica ajustada a la cultura dualista, heterosexista y sexista, por

¹⁹ *Ibid.*, pág. 90.

una parte, y no se ven, por otra parte, cobijadas y apoyadas por opciones feministas a quienes sus cuerpos singulares les parecen poner en riesgo sus demandas centradas en las mujeres, en esas personas que son reconocidas socialmente, e inmediatamente, sin ambigüedades, dentro de la categoría de mujeres.

La consecuencia, en muchos casos, es que los individuos intersexuales no conocen ni sus cuerpos ni sus vidas más que a través de las desnudas, deshumanizadoras, descripciones que la clase médica realiza en sus informes protocolarios. La decisión sobre qué hacer con sus cuerpos, sobre la figura de sus cuerpos, su sexo, su género, no les ha pertenecido, les ha sido arrebatada. Los médicos tardaron tres días, cuenta Cheryl Chase, en establecer que su sexo era el de varón. “La ciencia produce a través de una serie de operaciones enmascaradas lo que afirma tan sólo observar”²⁰, nos dice críticamente Chase. A la edad de un año, en otro centro hospitalario diferente de aquel en que nació, los médicos consideraron que su *micropene* no era válido para significar masculinidad. Indagaron sobre su *sexo verdadero* y certificaron que era el de mujer, el de un cuerpo capaz de ser penetrado. En suma: su *micropene* o su clitoris *enorme* fue amputado. Los cambios de sexo, de nombre, de partida de nacimiento, las fotos hechas y los demás recuerdos de los inicios de su vida, de existencia como niño, fueron ocultados, le fueron sustraídos. De las intervenciones y de las reiteradas visitas médicas posteriores no le ofrecieron ninguna explicación. Con la llegada de la menstruación se entendió que en efecto se había cumplido el *ser mujer* de Chase. Mas para ella misma “la parte peor de la pesadilla sólo estaba comenzando”²¹.

Cuando más tarde, a los veinte años, alcanzó a conocer la instrumentalización ejercida sobre su cuerpo, sobre su vida, solo logró reconocerse a sí misma como un ser monstruoso, ni mujer ni hombre. Incapaz de hablar con nadie de su historia de vida, de sus sensaciones y preocupaciones, siguió adelante con su existencia hasta que quince años después experimentó una intensa crisis emocional que le condujo directamente a tomar el camino del suicidio. Sintiendo mutilada, invisibilizada, llena de rabia, sin el recurso de los instrumentos conceptuales que aporta la teoría; en ese su estado de agonía halló el inicio de un movimiento de desplazamiento hacia la autoafirmación. Su propósito se encaminó a defender que ser intersexual era bueno y no signo de enfermedad o monstruosidad inhumana.

Una comunidad de afectos buscó y un espacio teórico de reflexión sobre los cuerpos, las sexualidades, los géneros. Los encontró en San Francisco en el año 1992. Las tesis de Fausto-Sterling, de Butler y de Laqueur, entre otras, además de los movimientos activistas y políticos como los de *Transgender Nation*, y del trabajo teórico y activista de personas intersexuales y transexuales, abrieron un horizonte de posibilidades intensamente afirmativo capaz de orientar las identidades, los deseos, en una dirección no marcada por la violencia normativa del binarismo de sexo y género. La vida para Chase cobró luz. De vidas hablamos, en efecto. Pensamientos como los de Butler son instrumentos habilitadores y potenciadores de vidas.

La llamada *Intersex Society of North America* (ISNA) nació en 1993 por iniciativa de Cheryl Chase una vez percibió que la intersexualidad no era una circunstancia tan extraña y atípica como comúnmente se cree, y después de haber dado cuenta extensamente en su contexto vital de su propia situación de intersexualidad. Los escritos que recibía de otras personas intersexuales narraban sus historias personales de semejante modo dramático. Las intervenciones médicas habían sido la ocasión de prolongados padecimientos emocionales y físicos. El ISNA da apoyo a estas personas y asimismo tiene por objetivo el que no se aplique la cirugía a los bebés intersexuales si no hay una razón médica específica más allá del hecho de que el cuerpo no se ajuste al modelo dicotómico imperante. Esto no supone, en principio, que se abogue sin más matizaciones por la ampliación de los géneros hegemónicos en la sociedad occidental actual, aunque esta idea pueda ser muy sugerente. Ante todo, la preocupación primordial y prioritaria es favorecer lo más posible la existen-

²⁰ *Ibid.*, pág. 91.

²¹ *Ibid.*, pág. 92.

cia de las personas intersexuales. Para lo cual, se incide en que sus cuerpos no sufran alteraciones mutiladoras sin el consentimiento explícito de los sujetos mismos, por una parte, y en que sean educados en la infancia o bien como niñas o bien como niños en función del género en el que sus vidas puedan tener mayor acogida, por otra parte. Lo que sí significa esta posición de la ISNA es un desafío potente a la sedimentada ley de la coherencia entre cuerpo y género. El alcance de consecuencias políticas de la sociedad promovida por Chase es incuestionable. Los cuerpos intersexuales *importan*²². Ellos pueden, tal y como son, habitar en la feminidad, en la masculinidad, en el cruce de géneros o como quiera que sea el modo en el que se reconocen a sí mismos en el transcurso de su proceso vital.

Y, sin embargo, la clase médica permanece anclada en prácticas que viene desarrollando desde hace cuarenta años al menos sin preocuparse de realizar análisis críticos sobre los resultados emocionales y físicos que conllevan sus intervenciones. La medicina mantiene férreamente su creencia de que socialmente sólo hay dos sexos y dos géneros y de que el cuerpo ha de adaptarse al sexo asignado y al género correlativo si la meta es la de llevar a cabo una vida feliz individual y socialmente. Argumentan asimismo que su trabajo aporta tranquilidad y sosiego, evitando el miedo y la culpa, a las familias de los intersexuales quienes de este modo llegan a *olvidar* la *diferencia* con la que nacieron sus hijas e hijos. Alice Dreger, feminista historiadora de la ciencia, afirma, por el contrario, y como resultado de un arduo trabajo de investigación sobre el tema, que el mensaje ofrecido a las madres y padres es que los cuerpos de sus bebés son monstruosos: “No hay duda de que los padres con los que he hablado cuyos hijos tienen cirugías “normalizadoras” siguen aún con toda la confusión, vergüenza, culpa y miedo después de la cirugía. Algunos se sienten peor que antes. Otros tienen ahora hijos con problemas médicos. Otros han terminado con más culpa después de descubrir que arriesgaron la función sexual y fertilidad de sus hijos/as. Muchos expresan su preocupación de que más tarde sus hijos los acusen de no haberlos aceptado tal como eran”²³.

La ISNA cuestiona desde bases feministas a la sociedad patriarcal, y en particular a la estigmatización, patologización, que arroja sobre los individuos intersexuales. Por ello, su proyecto político es apoyado por activistas *queer* y por grupos y asociaciones de lesbianas, gays y de transgéneros y transexuales. Personas que reivindican identidades, de género y sexualidad, en proceso, en transformación, ni monolíticas, ni estables ni necesariamente coherentes. Personas que proclaman que la medicalización del cuerpo debe ser una decisión voluntaria surgida del modo de vivir y de reconocer el cuerpo propio.

Mauro Cabral, quien se define como *Intertranssexual*, afirma no entenderse a sí mismo *ni como chico ni como chica*. Nació intersexual y le fue asignado el sexo de mujer pero él se siente más cerca del género masculino, lo que, según nos dice, lo sitúa en la posición de *trans*. Además, y para mayor complicación de esa identidad coherente que desde la norma se dice que es el núcleo *natural* de todo sujeto, Mauro dirige su deseo sexual hacia otros chicos. En estos momentos desarrolla desde Argentina, donde es docente en la Universidad de Córdoba, una intensa labor activista y teórica digna de ser elogiada. La soledad, el que nadie entendiera su discurso, hizo muy difícil su existencia. En el contexto de la comunidad gay tampoco encontró un ambiente de reconocimiento. Se le decía que su cuerpo era singular, diferente al de los *hombres*. El sistema médico pensó que la cirugía daría solución a sus *problemas* tanto con el género como con su sexualidad. Sin embargo, después de dos operaciones y de tratamientos invasivos, continúa cuestionando la necesidad

²² Remitimos al título de la obra de J. Butler, *Cuerpos que importan*, *op. cit.*

²³ A. D. Dreger, “Los Nueve Mitos Principales Sobre la Intersexualidad”, artículo disponible en la web: <http://www.isna.org/node/7> (consultada en abril de 2007). En el contexto del Estado Español, sobre el tema de la intersexualidad merecen ser leídos, por su seriedad y rigor, los trabajos siguientes: S. García Dauder, “Ingeniería bioconductual al servicio de la normalización: vigilando las fronteras del sexo”, en J. L. Romero Cuadra y R. A. Vázquez (coords.), *Antipsychologicum. El papel de la psicología académica: de mito científico a mercadería del sistema*, Barcelona, Virus, págs. 157-176; y N. Gregori Flor, “Los cuerpos ficticios de la biomedicina. El proceso de construcción del género en los protocolos médicos de asignación de sexo en bebés intersexuales”, en *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, Ed. Electrónica, volumen 1, número 1, enero-febrero 2006, págs. 103-124.

de modificar su cuerpo y sigue manifestando el sentimiento de bienestar que irradia de ese su particular cuerpo que otras personas juzgan como portador, en exclusiva, de sufrimiento²⁴.

Teóricas feministas alientan con sus tesis las demandas de los individuos intersexuales. Pero, por otra parte y como comentábamos, del feminismo convencional solo obtienen incompreensión porque la agenda política de estos feminismos se sostiene sobre una sólida identidad organizada sobre la categoría estable de mujer. Y la intersexualidad es subversiva, hace entrar en crisis la dicotomía de los sexos y los géneros, y, en definitiva, la categoría mujer como necesario sujeto del feminismo. Nosotras, las mujeres intersexuales, afirma Chase citando *Gender Trouble (El género en disputa)*, encarnamos visceralmente la verdad de la afirmación de Judith Butler de que el “sexo”, el concepto que logra la materialización y naturalización de las diferencias culturalmente construidas y atravesadas de poder, ha sido de hecho “género todo el tiempo”²⁵.

Las conceptualizaciones de Butler desnaturalizadoras de las nociones de sexo y sexualidad pueden ser leídas como contraintuivas, incluso como propuestas lúdicas inoperantes en el mundo *real*. Sin embargo, para personas como Cheryl Chase y Mauro Cabral son enérgicos instrumentos de liberación de la opresión material ejercida por los binarismos normalizadores, sexistas y heterosexistas. En último término, aquí nos comprometemos a defender que todos y cada uno de los individuos, individual y colectivamente, podemos transitar la vida por un sendero menos coercitivo aprendiendo de las tesis de Butler.

Elvira Burgos Díaz.
Departamento de Filosofía.
Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad de Zaragoza.
eburgos@unizar.es

²⁴ M. Cabral, “No me reconozco como chico ni como chica”, entrevista disponible en la web: <http://www.convencion.org.uy/diversi001.htm> (consultada en abril de 2007).

²⁵ C. Chase, “Hermafroditas con actitud: cartografiando la emergencia del activismo político intersexual”, *op. cit.*, pág. 105.